

CUESTIONAMIENTOS A LA ETICA TEOLOGICA DESDE LAS FAMILIAS MARGINALES

Francisco Moreno Rejón

Conviene dar comienzo a estas notas indicando el lugar metodológico desde donde han brotado. Todo pensamiento, consciente o inconscientemente, se halla situado y su situación lo condiciona inevitablemente. La teología y la moral no son, ni mucho menos, la excepción a este respecto. De ahí que sea preferible asumir con lucidez las coordenadas que enmarcan y sitúan nuestra reflexión.

En primer lugar, a nivel internacional, nos encontramos *en la periferia del mundo*, es decir, formando parte de los países que genéricamente se denominan del Tercer Mundo: dominados, dependientes, sin real capacidad de decisión.

La experiencia de estar situados en la periferia del mundo está además condicionada por un hecho, que se superpone y refuerza para muchos: por el hecho de que la viven desde la periferia de la sociedad. Nuestra reflexión nace de la cercanía y solidaridad con esa experiencia. Nos situamos pues a partir o desde los marginados, de los que no cuentan en la sociedad y en el mundo. Allí la gran mayoría del continente vive condenada a una "situación de inhumana pobreza", como decían los obispos latinoamericanos en la Conferencia de Puebla (P. 29). En este punto es bueno subrayar que, al tratarse efectivamente de las mayorías, estamos no sólo ante un dato estadístico, sino ante un hecho que no puede dejar indiferente a la reflexión ético-teológica auténtica que quiera partir de la realidad. Mucho menos en un mundo como el nuestro que coloca la democracia como un valor socio-político de primer orden.

Somos conscientes, como anotaba un grupo de teólogos latinoamericanos, de que "los sectores que detentan el poder económico, político y cultural ejercen su dominación sobre la sociedad a través de un enorme número de estructuras, instituciones y mecanismos"; pero constatamos igualmente que los pobres han irrumpido masivamente en la historia y la sociedad y, por lo tanto, "su decisión y su capacidad de liberación humana tienen hoy un alcan-

ce nunca antes igualado" (1).

Nuestra reflexión nace también *desde la periferia de la ciudad*, desde lo que el mismo Puebla llama "megápolis inhumanas" (p. 430). En las barriadas suburbanas —pueblos jóvenes, comunidades campesinas y nativas, donde habita el subproletariado y grupos étnicos despreciados—, el mero hecho de caminar con los ojos abiertos pone en evidencia que allí es donde encontramos las familias en las que "repercuten los resultados más negativos del subdesarrollo" (p. 571).

Vivir y pensar desde la periferia del mundo, de la sociedad y de la ciudad, asumiendo lúcidamente la opción preferencial por los pobres propuesta por la Iglesia latinoamericana lleva, por una parte, a ver la realidad "desde el reverso de la historia" empleando la expresión de G. Gutiérrez y, por otro lado, nos impele a un proceso de identificación e inserción en la defensa de los intereses de las clases populares. Este proceso, que han experimentado tantos cristianos y tantas comunidades eclesiales en América Latina, marca indeleblemente nuestra vida y, por ende, nuestra reflexión.

Aquí radica, pues, lo que podríamos considerar la limitación del presente trabajo: no tratamos de la familia "en sí" como un ente abstracto y universal cuyas características se pueden describir "objetivamente". Más bien pensamos que el contexto geográfico cultural-histórico-social, el *desde donde* se piensa, ha de ser asumido como un presupuesto metodológico que enriquece y legitima la reflexión. Una realidad distinta condiciona necesariamente los contenidos teológicos, morales y pastorales.

La antropología cultural nos muestra, por su parte, que, contrariamente a lo que se supone con frecuencia como algo normal, no existe un solo modelo de familia, uniforme para las distintas épocas y lugares. La familia no es "un absoluto cultural, sino algo relativo, en gran medida convencional, creado por el hombre y modificado repetidas veces en el transcurso del tiempo" (2).

Somos conscientes de que la problemática en torno a la familia es su-

-
- 1 IV Congreso Internacional Ecuménico de Teología, "Documento Final", en *Páginas* N° 28, (1980), Separata Nos. 12 y 7.
 - 2 F. Rodríguez Pascual, "La familia: relativización y crisis" en *Misión Abierta*, N° 3 (1978), 41.

mamente compleja y ha de ser abordada desde diferentes ángulos: antropológico, económico, sociológico, teológico, pastoral (3). En estas páginas nos limitaremos a tocar tres puntos: 1.— La situación de la familia marginal, como punto de partida de nuestra reflexión. 2.— Enfoque teológico para una comprensión de la familia desde el pensamiento cristiano. 3.— El mundo moral de la familia: valores que están en juego y criterios éticos a tener en cuenta.

Queda por anotar que, al hablar aquí de *la familia*, nos estamos refiriendo a la institución familiar. De manera que las cuestiones que se refieren estrictamente al ámbito de la pareja-matrimonio no se hallan incluidas de modo directo en las presentes reflexiones. Aunque ambas realidades (familia y matrimonio) se implican inexorablemente, creemos, por cuestión de método, que es preferible distinguirlas como dos instituciones con características particulares (4).

1. *Mirando la realidad: la situación de la familia como punto de partida de nuestra reflexión*

De entrada, podemos partir de una constatación: la mayoría de las familias que componen los llamados “sectores populares” no goza de las condiciones objetivas necesarias que les permitan vivir una experiencia integral de los valores familiares. Las precarias condiciones de vida de las familias han sido reconocidas hace mucho tiempo, por los propios medios oficiales, en estadísticas, pronunciamientos y propuestas de solución; y, por otra parte, han constituido una preocupación permanente de la Iglesia y de los cristianos. Es evidente pues que la mayor parte de las familias marginales soportan tales niveles de pobreza que las obligan a concentrar sus esfuerzos y energías en lograr sobrevivir. De este modo, los otros valores, por importantes que sean, se ven relegados necesariamente a un segundo plano. Hagamos un somero recuento de los aspectos más importantes para nuestro propósito:

-
- 3 Por lo demás, eso es lo que pretenden, en forma interdisciplinaria, los diferentes artículos que componen el presente número de la revista.
 - 4 Así lo proponen moralistas de reconocido prestigio, como M. Vidal, “Institución matrimonial: perspectivas éticas” en *Moralia* 2 (1980) 23, con bibliografía. No obstante, es frecuente ver incluidos como “familiares” aspectos estrictamente matrimoniales; cfr. el Documento para uso de las Conferencias episcopales, *Misión de la familia cristiana en el mundo contemporáneo*, Ciudad del Vaticano, 1979, p. 4: “La familia que nace del matrimonio puede entenderse como la comunidad de un hombre y una mujer unidos indisolublemente por amor conyugal, en conformidad con el orden establecido por Dios”.

a) Condiciones de vida

La pobreza, como todo mal, no es algo estático: supone y engendra hambre, desnutrición, enfermedad, delincuencia (5). Todos estos factores constituyen lo que Medellín y Puebla denominan los “círculos viciosos del subdesarrollo” (p. 571) que deterioran la vida familiar. La enfermedad y la muerte constantemente presentes desgastan y quiebran la convivencia. La vivienda no es precisamente la imagen estereotipada del idílico “hogar, dulce hogar”. Las familias populares viven hacinadas en zonas inhabitables de la ciudad y en lugares que carecen de los servicios más elementales (agua, luz, zonas de esparcimiento).

Es necesario tener presente esta realidad para que podamos explicarnos, en parte, por qué abundan entre padres e hijos la fuga y el abandono de la familia.

b) Trabajo

Más de la mitad de la población está desempleada o subempleada. Y los que tienen la suerte de trabajar, perciben unos ingresos mortalmente exigüos (6). Las condiciones de trabajo: distancia excesiva, transporte inhumano, turnos, salario por horas y no de acuerdo a las necesidades familiares, fábricas clandestinas, falta de seguridad social, trabajo de niños y ancianos, etc., todo ello no favorece en absoluto una vida familiar mínimamente digna. El trabajador en nuestro sistema de economía de mercado es considerado sólo como “mano de obra”, un costo de producción que es necesario rebajar progresivamente. Su condición de responsable de una familia, generalmente numerosa, queda totalmente relegada. Al verse impotente ante los mecanismos sociales de explotación, el hombre de trabajo descarga su frustración y

5 Las familias pobres en Lima consumían sólo el 570/o de las proteínas requeridas por la FAO como básicas. Ver otros datos en la obra de J. Iguíñiz, *Desde la crisis económica peruana*, Lima 1981, p. 101. Fuente de los datos: Ministerio de Agricultura. Ver también, C. Romero, “Alrededor de la familia” en *Páginas* N° 27, (1980), 1-6. Aquí, por no ser de nuestra competencia, nos limitaremos a tomar diferentes datos no tanto en su sentido técnico cuanto por el valor que tienen como indicadores que ponen en evidencia una realidad sangrante.

6 En 1980, y la situación no ha mejorado ciertamente, se hallaba desempleado o subempleado el 59.30/o de la población. El contraste en los ingresos es tan escandaloso, comparado con el de otros sectores, que habla por sí solo: cuando el promedio salarial de un obrero era de 17.707 soles mensuales, cada uno de los que el censo llama “patrones” (34.000 en todo el Perú) ganaba 1'013,480 soles al mes. Datos tomados de DESCO, *Resumen Semanal* N° 67 (1980), p. 10. Fuentes: Ministerio de Trabajo y Banco Central de Reserva.

agresividad acumuladas sobre los miembros de su familia. De esta manera introduce, a su vez, las relaciones de dominación en el ámbito familiar.

Sin tiempo, sin medios y sin posibilidad de capacitación, a los padres y madres de los sectores populares les resulta casi heroico atender convenientemente sus tareas familiares: "La familia entra en una tensión insoportable que desemboca muchas veces en el escape y el abandono" (7).

c) Educación

Las familias de la periferia de la ciudad, en gran parte se hallan desarraigadas de su cultura nativa. La sociedad urbana las margina y desprecia. La lengua autóctona (quechua), por ser el quechua-hablante alguien que no se expresa bien en castellano, se convierte en factor de opresión y, a veces, de incompreensión dentro de la misma familia. La falta de puestos escolares cercanos y asequibles; los gastos excesivos debido a la necesidad, por omisión del Estado, de construir y mantener sus propios centros educativos; la deserción escolar por motivos de trabajo; el casi imposible acceso a la Universidad, etc. son todos ellos factores que perpetúan la dominación cultural y la opresión de las familias pobres.

Sin acceso real y efectivo a una educación verdaderamente liberadora (8); borrando su historia y despreciando sus tradiciones propias, es natural que se agudicen los conflictos entre familias y dentro de la propia familia: desunión, incompreensión.

Por otra parte, la educación oficial transmite valores alienantes: no educa para la libertad, sino para la sumisión (9). Los medios de comunicación social presentan como ideal un modelo burgués de familia, es decir un modelo

7 J. Iguñiz, , c.c., p. 54. Sobre la problemática del mundo del trabajo puede verse la Encíclica *Laborem Exercens* de Juan Pablo II y los comentarios sobre ella, como el publicado conjuntamente por G. Gutiérrez, R. Ames, J. Iguñiz y C. Chipoco, *Sobre el trabajo humano*, Lima, 1982, y el Documento de la Conferencia Episcopal Peruana, *Aplicación y difusión de la Encíclica Laborem Exercens en nuestra realidad pastoral*, Lima, 1983.

8 Es decir una educación que prepare a las personas, en tanto que tales, para optar libre y solidariamente, para superar coherciones y egoísmos, para asumir responsabilidades.

9 Cfr. "Era una moral de respeto y sumisión", en: *El Credo de los pobres*, Lima 1978, p. 65. P. Freire, *La educación como práctica de la libertad*, Montevideo, 1969.

esencialmente materialista y orientado al goce individual (o de pequeño grupo) de los bienes materiales: la felicidad está en la posición y disposición de bienes y de confort. Los medios de comunicación, al promover este modelo, ocultan las causas de la situación de pobreza, y fomentan el arribismo individualista.

d) La mujer

Puebla constata la condición de la mujer en América Latina como “doblemente oprimida y marginada” (p. 1135, nota 2). Frecuentemente, su puesto es el de eterna sirvienta: primero de sus hermanos y, más tarde, de su esposo e hijos.

Su trabajo en el hogar no es valorado ni en la sociedad ni en la misma familia (10). El machismo aceptado y tolerado convierte a menudo al varón en un patrón dentro de su familia, con lo cual se reproducen las relaciones sociales de dominación en el ámbito familiar. La desigualdad del hombre y de la mujer impide el desarrollo de valores como la amistad, el diálogo, la corresponsabilidad entre los miembros de la familia.

La división de los roles familiares y las condiciones de vida obligan a la mujer a ser casi la única responsable de la educación de los hijos en la casa. Esto facilita la evasión y la irresponsabilidad masculina.

La pornografía, que a justo título escandaliza tanto a muchos, y la prostitución que aparentemente escandaliza menos (ya que recibe legitimación o justificación social por la opinión de muchos “bien-pensantes” y de la legislación o normatividad social), son dos manifestaciones de la infravaloración de la mujer, reducida a objeto de placer y mercancía de consumo. Este es su significado más profundo y a la vez más inmoral.

e) Vida familiar

En un medio totalmente adverso, la familia marginal sufre constantemente conflictos en su interior. La escasez económica se convierte en una agresión terrible y permanente contra la familia: produce frustraciones y tensiones que dificultan la comunicación y llevan a la desintegración familiar,

10 Véase V. Sara-Lafosse, *La familia y la mujer en contextos sociales diferentes*, Lima, 1978.

con sus secuelas de alcoholismo y drogadicción.

Muchos matrimonios fracasan debido a uniones prematuras de jóvenes que no reúnen las condiciones materiales ni morales para constituir una familia. El alto número de madres solteras y de esposas abandonadas por sus maridos, a pesar de su abnegación, incide negativamente en la formación de los hijos.

f) Aspectos pastorales

De acuerdo con una pastoral tradicional que se había centrado más en la sacramentalización que en la evangelización, la nueva familia quedaba constituida eclesialmente por la celebración de un sacramento cuyo rito, con frecuencia incomprensible, resultaba frío, lejano y no adecuado a la realidad matrimonial y familiar. Demasiado dirigido a la pareja, sin tener en cuenta, prácticamente, la familia y la comunidad. Si a esto añadimos que la celebración se acabó convirtiendo muchas veces en un acto de sociedad al estilo de las familias burguesas adineradas, podemos comprender por qué tantas parejas de convivencia estable, y cristianas (p. 578), no se casan por la Iglesia aduciendo razones económico-sociales. De hecho, influyen tanto razones culturales como pastorales: la forma de celebrar el matrimonio canónico no ha logrado transmitir y encarnar los valores espirituales y eclesiales de la vida matrimonial y familiar. Este es un problema común a las iglesias de culturas diferentes, que se planteó repetidamente en el Sínodo, pero que aún no encuentra una solución satisfactoria (11).

Por otra parte, en nuestro medio, los convivientes o separados se sienten de alguna manera al margen o rechazados por la Iglesia oficial. Se trata de situaciones que no han sido suficientemente asumidas y que plantean con urgencia la necesidad de acompañamiento pastoral a estas familias, como lo reclama el Documento de Puebla (p. 578).

g) Recapitulación: buscando los porqués

La familia no es un ente aislado, sino una realidad que forma parte de un todo más amplio y complejo: la sociedad en la que se inserta. De ahí

11 A este respecto, con referencia al Sínodo sobre la familia, puede consultarse el estudio de M. Rubio, "El principio de gradualidad en el proyecto ético-pastoral cristiano" en *Moralia* 3, (1981), 143-155, y el de B. Batantu, "Matrimonio progresivo y admisión a los sacramentos", *ibid.*, p. 227-229.

que a la hora de buscar las causas fundamentales de la problemática familiar, no podamos limitarnos al ámbito puramente intra-familiar. La causa radical de los problemas de la familia en nuestro medio la encontramos en una situación económica, social y política injusta, generada por mecanismos que se mantienen y que por lo mismo acentúan la riqueza de unos pocos a costa de la pobreza de las mayorías (ver p. 30: 571—573).

La estructuración injusta de la sociedad supone una brutal agresión contra la familia: formalmente se la ensalza como la “célula básica” de la sociedad; de hecho, la sociedad de mercado lo que defiende, a toda costa es la empresa en función de la ganancia. Todo lo demás, incluida la familia, está subordinado a aquel objetivo primordial. (12).

Los mecanismos sociales no proporcionan a la familia medios concretos y eficaces para superar su situación adversa. El ordenamiento jurídico y la política económica que se implementan descargan las crisis sobre los sectores populares. Sirva como indicador, una vez más, el salario: éste se establece mirando más a los intereses económicos del que paga, que a las necesidades vitales reales del que lo percibe, que incluyen a su familia. El salario mínimo legal, para los que trabajan, está siempre muy por debajo del salario mínimo vital (13). Además, el salario mínimo legal no tiene en cuenta a la familia del trabajador. Esta debería resignarse a degenerar con ese salario, si fuera el ingreso único de la familia; o bien, debe multiplicar formas precarias y muchas veces nocivas o inconvenientes de generación de ingresos complementarios. La necesidad de ingresos obliga a trabajos excesivos dentro y fuera del hogar a madres gestantes o con niños pequeños, obliga a la inserción precoz en trabajos diversos y no calificados, y obliga a jornadas prolongadas (horas extras, segundo trabajo o “cachuelos”) del padre de familia. El bajo nivel de salarios, lo escandalosamente insuficiente del salario mínimo legal atentan, pues, contra la familia, impiden la satisfacción de sus necesidades básicas y reducen la posibilidad de una relación familiar normal.

Por otra parte, el sistema social de valores fomenta el consumismo y la

12 Estas mismas ideas las hemos desarrollado en F. Moreno, “Consideraciones morales en torno a la familia”, en *Páginas* Nº 27, (1980), especialmente en las pp. 10-11.

13 En el año 1979, en Lima, sólo el 17.80/o de la PEA ocupada percibía un salario superior al mínimo vital. Del resto, que no alcanzan ese mínimo vital, el 32.50/o percibía un salario inferior incluso al mínimo legal. Datos tomados de J. Iguñiz, o.c., p. 67. Fuente: Ministerio de Trabajo.

ostentación; el egoísmo, el individualismo y el arribismo se presentan como los únicos caminos para superar la situación de crisis social y familiar. En el fondo, subyace un materialismo grosero que convierte el placer en criterio de moralidad para discernir lo bueno y lo malo. Se incita al lucro y a la competencia.

Todos estos factores conjuntamente generan una degradación moral que golpea profundamente y desintegra los valores sociales y familiares.

2) *Perspectiva teológica*

En los tres últimos años el tema de la familia ha sido objeto de múltiples estudios, particularmente en los medios de iglesia. Pero, por paradójico que parezca, en los varios miles de páginas escritas no encontraremos muchas sobre teología de la familia. Esto se explicaría por varias razones, de las que podemos señalar dos: por un lado el privilegiar el enfoque teológico más bien refiriéndolo a los aspectos matrimoniales, descuidando, o dándolos como equivalentes, los estrictamente familiares. Estaríamos, por tanto, ante una suerte de “reduccionismo conyugal” de la teología de la familia (14).

Por otro lado, la urgencia de responder y dar pautas a tantas cuestiones de moral y pastoral que inciden en el mundo de la familia —control de natalidad, sexualidad conyugal y extraconyugal, función educadora de la familia, divorcio, etc.— son temas candentes que absorben buena parte de las preocupaciones de los teólogos. Debajo de todo planteamiento moral y pastoral subyace, evidentemente, una visión o modelo teológico. A veces se halla implícito o sólo insinuado.

Por estas razones queremos esbozar aquí, aunque sea a grandes rasgos, una perspectiva teológica sobre la familia. Y lo haremos siguiendo el esquema más tradicional de la teología que, como bien ha recordado recientemente un teólogo latinoamericano y el mismo Puebla (15), es siempre un quehacer trinitario.

14 Esta afirmación no pretende, ni de lejos, ser absoluta. Refleja la impresión que dejan muchos escritos. Dos buenas y cercanas excepciones, por motivos distintos, serían el Documento de 1974 *Familia y Población* del Episcopado Peruano, que citaremos aquí con las iniciales FP y la exhortación apostólica *Familiaris consortio* de Juan Pablo II.

15 J. Sobrino, *Cristología desde América Latina*, México, 1977, XVIII. En esta misma línea, Puebla recoge la afirmación de Juan Pablo II de que “Dios en su misterio más íntimo no es una soledad sino una familia” (p. 582).

Desarrollaremos, pues, este apartado en torno a los tres ejes o aproximaciones: Teológica, Cristológica y Pneumatológica.

a) Aproximación teológica

El Dios cristiano, el Dios de Jesucristo, es Padre "Abba". En esta palabra se puede resumir la revelación que Jesús nos hace de Dios. Al usar la categoría "padre", Jesús está usando el mundo familiar como mediación válida para desvelar la realidad misteriosa de Dios. Por su parte, San Pablo no tiene inconveniente en cerrar esta especie de "círculo hermenéutico" al decir que es de Dios "Padre de quien toma su nombre toda familia en los cielos y en la tierra" (Ef. 3, 15).

Tenemos que, si bien la familia es imagen y mediación que nos revela a Dios, se ve a su vez mediada y redimensionada por la imagen de Dios. Un Dios cristiano que, en cuanto Padre, no puede identificarse con el dios-primer motor de los filósofos. Pero, al mismo tiempo, la familia habrá de ir configurándose en sus relaciones a la imagen de un "Dios que es rico en misericordia" (Ef. 2, 4) (16).

En la teología bíblica, la familia irrumpe como una realidad originaria que aparece en el contexto de la creación. Por eso mismo está llamada a realizar ese arquetipo primigenio que nos la muestra radicada en la igualdad, la libertad, el amor fecundo. Vista en la clave bíblica de Historia de un pueblo, la familia no tiene sentido si cierra sobre sí misma. Ha de estar al servicio del proyecto salvífico de Dios sobre su pueblo. Tal es el significado del relato de Abraham (Gen. 12, 1-2) y el de Moisés (Ex. 4, 20; 18, 2-9), que da sentido a su vida familiar sirviendo a la gesta liberadora de Israel.

Del mismo modo cabe entender la categoría bíblica de *Alianza*, desarrollada ampliamente por el profeta Oseas, no sólo en su dimensión conyugal, sino familiar (Os. 1-2). La fidelidad que exige la alianza no se refiere únicamente al ámbito sexual, es una fidelidad total que abarca los diversos ámbitos de la vida y que tiene siempre una dimensión colectiva, de pueblo, y no meramente intimista (Os. 1, 8; 2, 25). Juan Pablo II recuerda, a este respecto, en la "Familiaris Consortio" que la palabra central de la revelación es "Dios

16 Un estudio amplio de los temas aquí esbozados y con un tratamiento psicoanalítico, puede verse en la obra del teólogo francés J. M. Pohier, *En el nombre del Padre*, Salamanca, 1976, particularmente las pp. 37-60.

Francisco Moreno Rejón
ama a su pueblo" (n. 14).

En efecto, si "Dios es amor" (1 Jn. 4, 8), la familia, en cuanto reflejo de ese Dios-amor, hemos de verla como escuela de amor o, con palabras de Vaticano II, "escuela del más rico humanismo" (G.S. 52). En la tradición cristiana, el amor no es sólo un mandamiento (Jn. 15, 17) sino un sacramento y, en cuanto tal, supone un ámbito vital donde pueda ser experimentado. En este punto, la vivencia de la familia, como lugar de la primera sonrisa, nos revela efectivamente el rostro amoroso de un Dios—Padre. Y de la misma manera que se da la unidad Dios-Padre, se da también la unidad amor a Dios-amor al hermano.

Por último, en cuanto escuela de amor, la familia es instancia donde se aprende a vivir plenamente el perdón y la misericordia, a ejemplo del "Padre de las misericordias" (2 Cor. 1, 3) que no cierra jamás el hogar al hijo pródigo (Lc. 15, 32).

b) Aproximación cristológica

El uso que Jesús de Nazareth hace de las categorías familiares no se agota en revelarnos a Dios como Padre. El mismo se nos presenta como "El Hijo". Por ende, no establece sólo una relación paternal de Dios con nosotros, sino una relación filial de nosotros hacia Dios y fraternal entre nosotros mismos.

Al mismo tiempo, consciente de las limitaciones que entraña el uso lingüístico de cualquier categoría humana, nos previene de que la figura del padre no tiene un significado meramente biológico, sino que tiene una connotación ética: es un padre "bueno". Y esto lo mantiene hasta el final, cuando pone su vida en manos del Padre, a pesar de que se siente abandonado en la hora del supremo dolor (Mc. 15, 34; Lc. 23, 46). Será igualmente en ese momento culminante cuando aparece de manera clara y nueva la redimensión de las categorías y contenidos del mundo de la familia y transforma la relación de discipulado en relación familiar al presentar su Madre al discípulo como la propia madre de éste: "ahí tienes a *tu* madre" (Jn. 19, 27).

De esta forma se hace patente cómo el misterio del dolor y sufrimiento cotidiano de la familia es un lugar privilegiado para vivir la experiencia del misterio pascual de muerte y resurrección. En efecto, la familia es el entorno en medio del cual aprendemos de la felicidad y del dolor, de la cruz y de la resurrección, de la división y reconciliación, del pecado y del perdón (p. 585).

Tal vez por vivir en un contexto en que se idealiza un determinado modelo de familia, no podemos entender cabalmente la postura de Jesús para con la familia. Tanto sus actitudes como sus palabras no nos dejan lugar a que dudemos de su *valoración crítica*: pues, en efecto, si al joven rico le recuerda la necesidad de respetar a los padres (Mc. 10, 19), al mismo tiempo alerta contra la absolutización de un determinado modelo familiar, que supone un obstáculo para el seguimiento: “Sí, he venido a enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra; y enemigos de cada cual serán los que conviven con él” (Mt. 10, 35-36).

Es claro que, para Jesús, *el valor supremo es el Reino*, por encima de los lazos familiares de la sangre: “El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí” (Mt. 10, 37). Esto, sin embargo, no supone la destrucción de la familia; más bien pretende que la práctica cristiana engendre nuevos valores familiares. El evangelio nos da criterios para cuestionar el modelo burgués de familia y transformar su finalidad privatista. Hay que ir potenciando los lazos sociales, históricos, comunitarios, religiosos que redimensionen el horizonte y la función de la familia que no queda reducida ni, mucho menos, identificada con los parientes. Al contrario, para el que sigue a Jesús, la verdadera familia es la comunidad de discípulos que tiene una práctica evangélica (Mt. 12, 50). De ese modo, la familia se ve, antes que aniquilada, trascendida y las relaciones familiares se multiplican al ciento por uno: “Les aseguro que quien deje casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras, por mí y por el Evangelio, recibirá ahora, en este tiempo, cien veces más —casas y hermanos y hermanas y madre e hijos y tierras, con persecuciones— y, en la edad futura, vida eterna” (Mc. 10, 29-30).

Este es el nuevo modelo de familia que se refleja, de alguna manera, en las primeras comunidades cristianas. El Nuevo Testamento llama *Iglesia doméstica* no a los miembros de una familia (Puebla 601 y 580) sino que lo refiere más bien a las comunidades que vivían su fe y celebraban la fracción del pan reuniéndose en las casas (Hech. 2, 46; Filemón 2; Rm. 16, 5. 11. 14-16; 1 Cor. 16, 20) (17).

17 Sobre las comunidades cristianas y sus relaciones con el contexto social, véase la obra de M. Legido, *Fraternidad en el mundo*, Salamanca, 1982. Para la visión de Jesús sobre la familia puede verse E. Morin, “La famille: points de repères évangéliques”, en *Lumière et vie* 25, (1975), 72-85; G. Ruiz, “La familia y la anti-familia en el evangelio” en *Sal Terrae* 67, (1979), 369-372; B. Rolland, “L’ évangile donne-t-il un modèle? Paroles de Jésus sur la famille”, en *Masses Ouvrières* No 356, (1979), 73-82.

Una última atingencia, en este apartado, referida a la fidelidad y alianza. Con frecuencia se ha entendido la fidelidad como algo exclusivo de los cónyuges y más específicamente, de su vida sexual. Pensamos que, si bien ésta queda incluida, en una perspectiva cristológica la fidelidad ha de abarcar todas las dimensiones de la vida en la medida en que reproduce los arquetipos de la alianza de Dios con su pueblo escogido y la nueva alianza de Cristo con la Iglesia (Ef. 5, 32). A ejemplo de Cristo, fidelidad no sólo sexual, no sólo de los esposos entre sí. Fidelidad radical de fe, al proyecto de vida familiar dentro de una óptica cristiana, ya que Cristo es el “Amén” (2 Cor. 1, 20; Ap. 3, 14).

c) Aproximación pneumatológica

El tercer eje en torno al cual gira nuestra reflexión teológica está constituido por la aproximación pneumatológica o “espiritual”. La vida cristiana consiste en “vivir según el espíritu” (18).

Pero ese vivir de acuerdo al espíritu va transformando paulatinamente la vida del discípulo de Cristo. El ejemplo más claro, constituido en ideal, es el que nos propone el libro de los Hechos de los Apóstoles cuando señala insistentemente que, al recibir el Espíritu, “todos tenían un mismo espíritu” (5, 12; 2, 46; 4, 32). Y esto se hacía patente porque compartían cuanto tenían y todo era común entre ellos. La acción primera del Espíritu es, pues, transformar un grupo de discípulos en una comunidad: hacer, de muchos, uno. Podemos decir que se trata de vivir efectivamente los valores de la familia.

El proyecto que es toda familia se vive en tensión hacia la unidad. Tensión que comienza cuando los esposos “ya no son dos sino uno sólo” (Mt. 19, 6). La visión cristiana del amor no es, de ninguna manera, dualista. Si no es lícito separar el amor a Dios del amor al prójimo, al hermano (1 Jn. 4, 20; Mt. 25, 40) no podemos diferenciar maniqueamente el amor en la familia, en sus diversas manifestaciones, del amor cristiano.

La familia se nos revela como el espacio vital donde descubrimos el camino que lleva al otro: nos topamos con nuestra condición limitada, menes-

18 “Únicamente desde ese caminar según el Espíritu es posible pensar y anunciar el amor gratuito del Padre por toda persona humana”: G. Gutiérrez, *Beber en su propio pozo*, Lima, 1983, p. 182.

terosa, necesitamos de los demás. Podemos darnos cuenta cotidianamente de cuántas cosas recibimos por pura gratuidad. En este sentido se entiende la expresión antes citada de Vaticano II al decir que “la familia es escuela del más rico humanismo” (G.S. 52). Significa, en definitiva, que la familia es el ámbito apto para ir anticipando los rasgos propios del hombre nuevo: “está llamada a ser, aunque no exclusivamente, el lugar en que se realicen valores plenamente humanos tales como la afectividad, la sexualidad, el cariño, el juego, la alegría, la fiesta, etc... la familia sigue siendo una de las pocas corrientes cálidas de humanidad” (19). Son precisamente esos valores los que San Pablo llama “frutos del Espíritu” (Gal. 5, 22).

Conviene precisar que está lejos de nuestro propósito el privatizar esta vivencia de familia de manera intimista o individualista. Como hemos señalado más arriba, el sentido cristiano propugna una familia abierta al mundo para “dar su aporte en la búsqueda de una nueva sociedad” (Familia y Población 10). Justamente la fuerza propia del Espíritu ha de impulsar a toda familia que reproduce en su vida el misterio de Cristo, a dar el salto más allá de los estrechos límites de la sangre para realizarse como una comunidad, para estrechar los lazos de solidaridad y amor en el mundo.

El ideal absoluto de la familia será el lograr una sociedad en que todos tengamos “un solo corazón” y “todo sea común” (Hech. 4, 32): hacer del mundo la verdadera familia, hacer un mundo nuevo.

3. *El mundo moral de la familia*

Muchas serían las cuestiones que reclamarían atención dentro de este apartado. Y todas, ciertamente, importantes. De acuerdo al esquema de este trabajo, no pretendemos abordar aquí uno u otro tema más propio de la moral concreta, como podría ser el de la planificación familiar. Situados en el plano de las consideraciones éticas fundamentales, las desarrollaremos en dos partes: primeramente, haremos un somero recuento de los valores morales que entran en juego en el mundo de la familia. En un segundo momento, veremos qué criterios éticos subyacen en la vida y comportamientos de las familias marginales y cuáles habrían de ser las prioridades y aspectos a potenciar en lo concerniente a los aspectos morales.

19 F. Moreno, *o. c.*, p. 13.

a) *Los valores que están en juego*

Como hemos visto anteriormente, la situación de la familia popular es problemática y compleja. No obstante, la presencia de tantas sombras que ennegrecen su panorama no debe ocultarnos la existencia de los valores que están presentes en la vida de las familias. Un análisis y una reflexión que no los tenga en cuenta sería parcial y falsearía la realidad. Tomamos nota de los que nos parecen más relevantes.

En primer lugar, la familia popular latinoamericana tiene lo que Puebla llama "*el gran sentido de familia*" (p. 570). La familia de los sectores populares no se limita al modelo nuclear padre-hijos, sino que abarca tíos, primos, cuñados, compadres. Es lo que algunos denominan familia extendida o familia amplia.

Además de este sentido de pertenencia y referencia a una familia, se hace notar muy fuertemente la fecundidad que para nosotros tiene, entre otros, un significado profundo: *la defensa de la vida*. Los niños, los jóvenes son expresión de la vitalidad y del deseo de supervivencia del grupo. Un pueblo que cría hijos y que lucha por mantenerlos, en el fondo es porque tiene razones para seguir viviendo y hacer su propia historia.

Estos valores se verifican en el acontecer diario por medio de la *solidaridad* que existe entre las familias y entre los miembros de la misma familia. Sólo esta solidaridad puede explicar la sobrevivencia de muchas personas "inútiles": niños, enfermos, ancianos, huérfanos... Es común entre nosotros ver cómo en casos de desamparo y emergencia muchas familias asumen estas situaciones con un gran esfuerzo de solidaridad comunitaria (20). En definitiva, la familia popular, cada vez más consciente de la necesidad de *ir creando un mundo nuevo y mejor*, se organiza para alcanzarlo. La pobreza es problema, pero *la solución no es la riqueza (por imposible), sino una sociedad distinta*. Y en los sectores populares se dan ya atisbos, anticipos, de esa nueva sociedad cuando, p. ej. los padres de familia con su *trabajo colectivo* (comunal) construyen los colegios para sus hijos, la posta médica y locales comunales. Son valores reales que se dan en las familias de la periferia y que es necesario resaltar.

20 Como muestra de lo que decimos, baste citar la organización de comedores populares e infantiles en muchas comunidades cristianas y en otras organizaciones populares.

Junto a esto, la *salvaguarda de muchos valores culturales, morales y religiosos* que contrarrestan la penetración ideológica alienante: lengua, folclore, costumbres, hospitalidad, capacidad de aguante, esperanza, resistencia, ayuda mutua, amor a la tierra, etc.

En perspectiva cristiana, cabe resaltar también un *gran sentido de la presencia amorosa de Dios* en los acontecimientos familiares y comunitarios: bautismos, bodas, velorios.

Muchas familias de militantes cristianos se convierten en escuelas de concientización, supliendo otras deficiencias de la educación familiar y *promoviendo el compromiso* con el proyecto de liberación integral. Y esto lo comprobamos, al mismo tiempo que vemos cómo en la familia de otros sectores cunde la degradación moral y la contagian. En la familia popular hay un acervo de valores que es necesario potenciar decididamente.

b) Criterios éticos

Anteriormente hemos anotado algunos rasgos descriptivos de la situación de la familia en los sectores pobres de nuestro país. En vistas a una reflexión ética, los datos son algo más que puras cifras. Traducen una situación que supone un reto y un cuestionamiento radical. El partir de la realidad permite ir descubriendo unos criterios éticos de actuación y valoración en referencia constante a la vida concreta de las familias y no quedarse en el plano de las generalidades que, por lo demás, acaban siendo irrealidades.

En este sentido, el primer cuestionamiento que se plantea a una ética para la familia es el de precisar bien el *ideal u objetivo que se busca*. Se hace necesario entonces plantear el dilema: ¿qué pretendemos proponer: el modelo de una "familia feliz" pero cerrada al compromiso con el mundo en que vive? ¿o, más bien, tender al logro de una familia "abierta y comprometida"? (21). Evidentemente no se trata de escoger entre ser felices o comprometerse; ésta sería una manera falsa de plantear la cuestión. Se trata más bien de encontrar la verdadera felicidad de comprometerse en el servicio a los valores del reino. Para ello es necesario, como decían los obispos peruanos en 1974, evitar el peligro de "hacer el juego a cierto tipo de familias que se centran con peligrosa exclusividad en el cultivo de los valores de la intimidad, rehuyendo su compromiso político en la sociedad de la que forman

21 M. Gómez Ríos, *Familia abierta y comprometida*, Madrid, 1981.

parte. Suelen ser las clásicas “familias felices” que viven de espaldas a la infelicidad de las otras familias o a las injusticias de la sociedad” (F. p. 30).

En segundo lugar, lo que se desprende de un análisis de la realidad familiar, es que *la que está amenazada es la vida misma de la familia*, su existencia concreta, por las precarias condiciones en que se desarrolla. Hoy en día abundan en otras latitudes los movimientos ecologistas que defienden como valor absoluto la vida y una vida digna, humana. En América Latina ese es el primer imperativo moral y no son necesarios sofisticados argumentos para entender que está en juego no sólo la defensa del paisaje sino la vida y la muerte real de millones de personas. En este punto las estadísticas de mortalidad infantil y la esperanza de vida no necesitan comentarios. Se impone, pues, *la defensa del derecho a la vida humana y digna* más allá del nivel de las declaraciones y documentos: impulsando y apoyando las organizaciones populares de base que, a pesar de sus limitaciones, ambigüedades y errores, luchan por los intereses cotidianos de la familia: escuelas, viviendas, servicios, centros de salud, comedores populares, etc.

Junto a esta defensa de la vida como valor primero, es necesario *reforzar y ampliar los espacios de humanización en la familia*. Sin que equivalga a una contradicción de lo que hemos dicho y más bien como su complemento necesario, hay que rescatar la vida de familia como espacio adecuado para vivir las dimensiones “espirituales” que antes señalamos: cariño, libertad, responsabilidad.

El auténtico “calor de hogar” ha de servir como el mejor caldo de cultivo para que surjan militantes que en organizaciones cristianas, sindicales, políticas, populares entreguen lo mejor de sus vidas al servicio de los demás. No podemos permitir que estos militantes sigan siendo “héroes solitarios” que muchas veces, agobiados por una tarea sobrehumana, se quiebran. La familia, en cuanto “proyecto de comunidad” (22) está llamada a ser el apoyo insustituible para su compromiso.

Por último, no se nos esconde el grado de utopía que hay en todas estas propuestas. En realidad, esto es cierto fundamentalmente porque estamos ante un *proyecto global*: la ética cristiana nos invita desde el evangelio a la forja de un mundo nuevo. Y la familia no es una isla dentro de ese proyecto, sino que es una parte interdependiente del mismo. Por tanto, quiere decirse

que hay aspectos sociales, económicos, políticos, educacionales, que son concomitantes. De aquí brota por un lado la *fuerza* con que la ética reclama su puesto en todo proyecto social, pero por otra parte es necesario hacerlo con la *humildad* que nace de saber que sus propuestas, críticas y utópicas, son provisionales. Provisionalidad que no les resta eficacia, al contrario, las hace realistas y posibles.